

*L'Europa Letteraria*, la excelente revista que dirige en Roma Giancarlo Vigorelli, publica un texto de Emilio Cecchi, *Una letterina inedita de Joyce*, seguida del primer juicio italiano sobre *Ulysses*, que el mismo Cecchi escribió en 1923. Nacido en 1884, autor de *Pesci rossi*, *Pittura italiana dell' Ottocento*, *L'osteria del cattivo tempo*, etcétera, Cecchi, divulgador de las letras anglosajonas, creó, al iniciarse la tercera década del siglo, un nuevo estilo de prosa artística que convirtió en un género literario el simple artículo de periódico. Son éstas las palabras de Cecchi: "A principios de 1923 un amigo me dio a leer el *Ulises* de Joyce que acababa de publicarse en París, pero que era difícil encontrar en Italia. De aquella primera lectura publiqué una impresión en la *Tribuna* (Roma, marzo 2 de 1923). Pasado un mes, recibí la cartita de Joyce que reproduzco a continuación. Escrita en magnífico italiano, contiene una referencia a un artículo o ensayo mío que debió aparecer en el *Convegno* de Milán y que, por una serie de contratiempos, no fue escrito jamás. Hay que explicar la alusión a los tordos en la carta de Joyce. En un párrafo de mi 'strafiletto' (como él lo llama) y que no era más que una irónica columna de *Libri nuovi e usati*, escrita en la *Tribuna* con el pseudónimo *Il Tarlo* (La Polilla), sostuve que de toda la obra anterior de Joyce la prioridad de la traducción italiana correspondió al drama *Exiles*, a preferencia de *Dubliners* y sobre todo del *Portrait of the artist*. Linati —escribí— hizo la traducción de *Exiles* y todavía no me explico por qué quiso derrochar su trabajo estilístico en torno a un drama ciertamente notable y bello en algunas escenas, pero no muy importante ante el total de la obra de Joyce. He encontrado como única explicación —y la ofrezco por lo que vale— el hecho de que Linati debe de ser como aquellas personas ávidas y egoístas que cuando ven sobre la mesa el asado de tordos con papas, lo prueban y empiezan a decir, batiendo el tenedor, ¡qué buenas están las papitas!, para distraer la atención de los comensales y acabarse los tordos en santa paz. Respecto a los tordos, y el avestruz de la siguiente carta, no hace falta decir que se trata de *Ulises*."

26 Avenue Charles Floquet, París VIII.

Distinguido colega,

Le agradezco profundamente su *strafiletto* [sic]. Espero haya recibido el ejemplar de la primera edición que he solicitado le envíe la casa editora de Londres. Leeré con mucho interés su artículo en el *Convegno*; pero como ingresaré mañana al hospital para una operación del ojo (iridectomía), y no sé dónde iré a parar después, le ruego enviar recorte (junto con otro para Londres) a la casa editora: Shakespeare & C., 12 Rue de l'Odéon, a mi nombre. Siento no tener noticias de Linati. Salúdele de mi parte si lo ve. Espero que el tordo o —si me permite rectificar su alusión ornitológica— el avestruz, no les haya hecho mal. Con muchos saludos y mi agradecimiento, créame su fiel amigo.

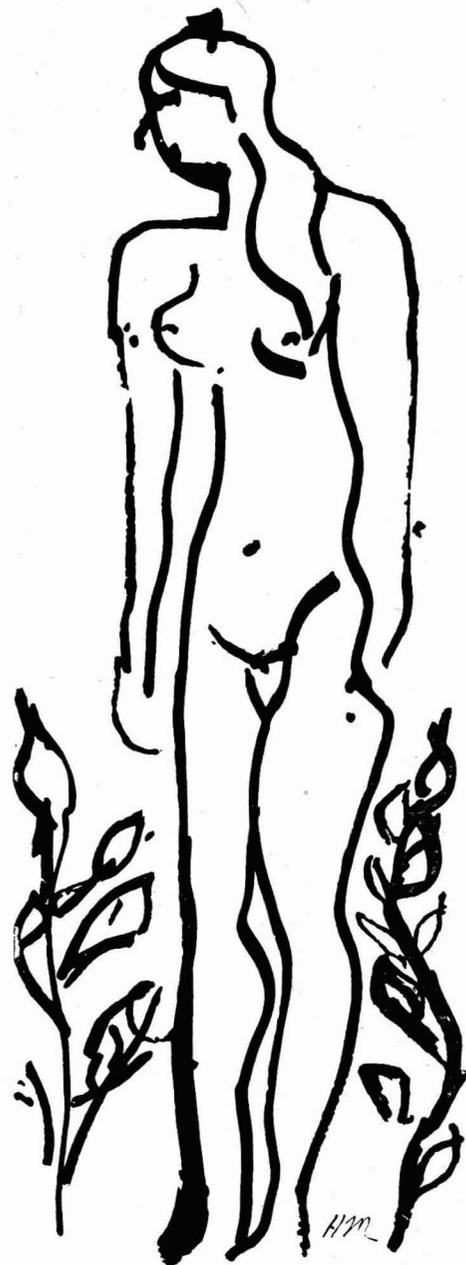
James Joyce  
Abril 2 de 1923

Para favorecer la lectura de la carta de Joyce, *L'Europa Letteraria* reimprime la nota crítica que Emilio Cecchi —primero en Italia y uno de los primeros en Europa— dedicó a *Ulises*, y que no ha incluido en ninguna de las ediciones de su libro *Scrittori inglesi e americani*. Comprobarán, quienes se interesen por la obra de Joyce, que la nota de *Il Tarlo* no ha perdido su vigencia ni su anticipación, cuarenta años después de haberse escrito.

"Por cortesía de un amigo francés, he podido leer *Ulises* de James Joyce (Editorial Shakespeare and Company; edición de mil ejemplares), y quisiera añadir, a simple título informativo, algo más a todo lo que he venido hablando de Proust, con el cual, en sus trabajos anteriores (*Dubliners*, *A portrait of the artist as a young man*; Editorial 'The Egoist', Londres) y en este *Ulises*, Joyce tiene cierta semejanza." Siguen aquí las líneas acerca de los críticos y los tordos que hemos leído anteriormente. A continuación, agrega Cecchi: "Así me he dado cuenta de que los críticos igualmente refinados sólo elogian los libros malos, porque los buenos los reservan para su propio disfrute, en la noche, a la luz de una vela. El amor del arte, como los otros amores, también ofrece degeneraciones. Y no hay que burlarse nunca de un hombre que ostenta

una mujer fea; probablemente es un falso Don Juan que, dejando en casa a la mujer, corre a un barrio lejano a buscar a las Tres Gracias. Volviendo a *Ulises*, no me parece que haya sido apreciado hasta ahora. Es un grueso volumen de cerca de setecientas páginas en octavo; impreso en Francia, como los libros anteriores fueron impresos (y también perseguidos) en Norteamérica, por el mismo motivo que en Inglaterra los consideraban inmorales. Lo venden al precio de trescientos francos, lo que explica por qué ninguno de nosotros ha escrito acerca de él y menos aún lo ha leído. En Italia sólo los analfabetos pueden gastar trescientos francos para llenar su deseo de leer un libro. Pero este asunto de los trescientos francos podría hacer creer que Joyce es de aquellos autores de cenáculo que publican sus libros fuera de comercio, forrados en terciopelo y con ilustraciones obscenas. Nada parecido, Joyce trabaja en serio. Católico, irlandés, ya de edad madura (nace en 1882); cargado, me dicen, de familia, ha tenido una vida errante y difícil. Fue por algún tiempo profesor, suponemos, en la Berlitz School de Trieste. Sus libros no han llegado al gran público, y si hasta ahora tuvo exégetas como Ezra Pound, Valery Larbaud, Rich, Aldington, Linati, no se envanece de todo esto, y señalo abajo otros inconvenientes de su existencia.

"*Dubliners* (1914) es un libro de relatos, o mejor, de retratos, sobre la gente pobre de Dublín: borrachos, adolescentes maltratados y desamparados, asesinos y prostitutas. En un estilo que todavía resiente la influencia de Maupassant, de los Goncourt y los neoneaturalistas, Joyce se pone en contacto con el propio mundo, se diría que lo palpa y comienza a sondearlo, para encontrar lo que le importa. Porque en este volumen que aparenta ser una colección de no-



velas, nada está más lejano de las intenciones de Joyce que el deseo de colorear y matizar las tramas. Cuando en 1916 publica su segundo libro, *A portrait of the artist as a young man*, de fundamental importancia, si alguien guardaba dudas respecto de sus intenciones, podía ya entonces verlas con toda claridad. Joyce, por un tiempo, fue neoneaturalista, porque este procedimiento lo ayudó a descubrir y aislar la materia que tenía verdadero interés para él. Una vez encontrada esa materia, naturalismo y neoneaturalismo no reaparecen más. El tono de la obra es lírico y autobiográfico; el procedimiento, si puede hablarse de procedimiento, es teológico, quiero decir, casi semejante a los tratados casuísticos jesuitas y a los grandes escritores católicos. Porque en Joyce, que fue educado en un colegio de jesuitas, es evidente una enorme cultura clásica y una exquisita preparación literaria; pero en grado todavía más amplio, la fuerza de la disciplina católica, sobre todo como medio de autoanálisis y de conocimiento interior.

"La exactitud de su primer período naturalista no fue a la postre sino esbozo, aproximación; una visión exacta, íntima, y por otra parte claramente explicada: la exactitud de la confesión. Joyce es un confesor y un libelista: libelista lírico, y una suerte de escrupulo casuístico lo constriñe, en *A portrait*, a limitarse, tomando como argumento la propia autobiografía de su juventud. Pero en *Ulises* (1922), acrecidas sus aptitudes, con gran dominio de los medios expresivos, el campo se ensancha, mejor dicho, se profundiza. Toda la acción está concentrada en el curso de 24 horas, y después de estas horas de ausencia externa e interna, se puede decir que ha escrutado cada minuto vivido por sus dos o tres personajes, dedicándole dos páginas de letra menuda — y no se excluye que esto represente la negación del arte, al menos en el sentido tradicional; de lo que no tengo tiempo de ocuparme. Cierto es que el libro, centrado en la sórdida jornada de las existencias comunes, verdadera excavación de trincheras geológicas, en un montón de basura, además de una fisonomía material absolutamente única tiene una terrible vitalidad. En otras páginas me propongo referirme a *Ulises* con mayor atención y oportunas referencias. La calidad intrínseca se conserva por las semejanzas literarias con James y Proust, Swift y Fielding. ¿Por qué Joyce ha querido dar a su libro un diseño que repite simbólicamente episodios de la Odisea? ¿Cuál es el significado étnico y humano de este nuevo Ulises: Leopold Bloom, israelita, y del nuevo Telémaco, reducido al colegio católico de *A portrait*? ¿Qué relación de dependencia, pero también de progreso, existe entre la concepción sexual de Ulises y las de Freud y los otros psicoanalistas? ¿Y si Proust ha renovado genialmente el sentido del tiempo y de la *durée*, no se encuentra en esta obra de Joyce, crecida con distancia e independencia de la de Proust, alguna profundización sobre lo mismo, no menos característica? Todas estas preguntas requieren un largo examen; el nuestro sólo es una alusión.

"Quiero insistir, finalmente, en los aspectos que prevalecen sobre la seriedad y la gravedad de todos los escritos de Joyce y en el *Ulises* en especial; gravedad que no obstante el refinado estilo, el pensamiento y la cultura, tiene algo de fúnebre y de bárbara. Pocas veces también en Tertuliano o en los teólogos más obsesionados por la idea de la culpa fue hecho un proceso tan acre a los instintos y a los impulsos humanos, y fue mostrado el mundo en el aspecto más negativo, y verdaderamente ya caduco, en el estrecho abismo del infierno. Joyce nos ha puesto bajo la nariz las manos sucias y el cabello caído; nos muestra las arrugas, los callos, las llagas, las excrescencias y los signos todos internos y externos de la caducidad, de la corrupción y de la muerte. El resultado es un corte vertical, un panorama microscópico, un tanto vertiginoso, como la descripción de crctinos e insignificantes en *Boward et Pecuchet*.

"En los excesos de Joyce hay también la voluntad de caricaturizar el pesimismo católico en beneficio total del melindroso puritanismo protestante. Un irlandés no deja pasar una oportunidad. Y pienso cómo lo habría leído de buena gana su coterráneo Swift, el autor de aquellos textos donde el *lever* de Filli o de Eurilla es revelado con toda la indecencia de las camisas sucias, de los peines llenos de cabellos y del pálido centelleo del cacharro bajo el lecho. Acaso Swift, escritor geométrico y clásico, hubiese opinado mal de Joyce. ¡Pero cuánto se habría divertido al leerlo! —*Il Tarlo*."